

# Un pacto entre la Corona y la Historia

DESPUES de una larga y, a veces, tensa negociación, con momentos de desánimo y de confusión, Cataluña vuelve a tener Generalitat, es decir, un instrumento de autogobierno —con las limitaciones propias de su provisionalidad y de la falta de un Estatuto que fije exactamente las atribuciones de la autonomía— y una expresión política del reconocimiento de su personalidad. Debemos alegrarnos porque hoy es un día histórico. Después de una última y difícil negociación en Perpiñán, en la que imperó finalmente el espíritu de pacto y el esperanzador pragmatismo catalán, el Gobierno de Madrid tuvo el gesto cordial de convocar un Consejo de Ministros extraordinario que ha convertido en realidad legal el antiguo e indesmayable anhelo catalán de ser una sola cosa y de tener una nueva dimensión política, por encima de la división artificial, ochocentista, arbitraria y centralista de las provincias, y permitir que su historia y su cultura, su conciencia de viejo Estado —con Aragón— que señoreó en el Mediterráneo, conquistó para el mundo europeo que se iba forjando, occidental y cristiano, Mallorca, Valencia y Murcia, y que a la hora de la formación de la España moderna aportó reinos vivos, prósperos e ilusionados.

La realidad catalana, que una malévolta concepción política calificó de problema, es un hecho irreversible. Resistió el desierto cultural y político, crítico, confuso y desordenado, del barroco; aguantó en silencio, pero con esperanza, las consecuencias de la derrota de 1714, traicionada por el pretendiente a cuya causa aportó vidas, haciendas y voluntades, y castigada por el pretendiente triunfador; contempló la entrada de los pueblos a una nueva manera de entender la vida, con las alas rotas y el sueño vencido. En su larga decadencia, cien veces pareció muerta y cien resucitó. Cuanto todo parecía definitivamente perdido; se produce el milagro del renacimiento cultural, económico y político: la "Renaixença". Un catalán que vivía en Madrid, Buenaventura Carlos Aribau, roído por la nostalgia, escribió un poema que fue el detonador de una carga explosiva que nadie había conseguido desactivar: una lengua que no se había perdido y a la que se encontró de nuevo el dulce sabor de las cosas insustituibles; la conciencia colectiva, vaga y difusa hasta entonces, recuperada; la voluntad de presencia y la riqueza que el trabajo generaba, descubiertos como elementos de acción política.

Cataluña volvía a sentirse la Cataluña ilustre de Ramón Llull, Bernat Metge, Ausias March, Roger de Lauria, del Libro del Consolat de Mar, la Cataluña de una historia gloriosa y dramáticamente arrinconada por quienes confundieron la riqueza amorosa y plural de la unidad con la rígida, excluyente e infecunda uniformidad.

Comenzó una larga lucha, a veces patética y a veces absurda, para recuperar y mostrar libremente las señas de identidad. Primero fue la Mancomunidad, obra admirable en resultados y en sensibilización, que hizo posible aquel catalán enorme, superador de diferencias partidistas y abnegado servidor de las coincidencias, que fue Enric Prat de la Riba; después la Generalitat y el Estatuto de Autonomía, que consiguió Francesc Macià, un anciano luchador de temple singular, antiguo militar que rompió con el Ejército cuando creyó que el poder era injusto, valiente, decidido y abnegado, enamorado apasionadamente de Cataluña. Macià fue uno de los últimos románticos en un país de sentimentales que quieren ahogar con un realismo, a veces brutal, esta debilidad tan admirable, tan humana y tan bella.

La Mancomunitat y la Generalitat fueron también tragadas por los incidentes de la historia. Pero Cataluña, no. Ya hemos dicho que era irreversible. Cuarenta años de persecución incivil a sus valores singulares e indestructibles, no sirvieron para nada. Al día siguiente del fin del régimen pasado, Cataluña volvía a pedir vigorosamente la palabra. Era inútil intentar represar el curso de la historia. Era preferible canalizarlo. Y esto es lo que ha hecho la Monarquía, que había reflexionado mucho sobre sus errores, porque también su historia había sido accidentada.

Cataluña había sido uno de estos errores. Y grande. Por ello, un Rey joven, moderno, lúcido, que no quería heredar del pasado más que los valores auténticos y no las rutinas convertidas en norma inexplicable, afrontó el mal calificado problema catalán con un nuevo espíritu. Habló a Cataluña en ca-

# Las dudosas coincidencias

La actualidad política española de mucho de sí, para un comentarista medianamente escéptico, y es mi caso. ¿Cómo la «actualidad política» de cualquier otra latitud? Desde luego. Pero más. Las anécdotas, y lo que no son anécdotas, tienen aquí un aire entre pintoresco y abracadabrante muy particular, que a menudo invita a la carcajada, y a ratos, tirando por abajo, a la perplejidad. Quizá ello sea inevitable, dadas las circunstancias concretas en que se produce el supuesto proceso de «democratización» a cuyo desarrollo —si desarrollo es— asistimos. Los protagonistas del «momento histórico», en definitiva, carecen de experiencia: de experiencia «política», se entiende. Unos, porque proceden directamente de la extinta Dictadura, y todavía les queda bastante por aprender; otros, porque acaban de salir de la clandestinidad o del exilio, donde la dialéctica o la estrategia también eran distintas. Esperemos que, con el tiempo, todo se arregle: un poco, por lo menos. El erróneo «definitivo» no existe. La cuestión es ir tirando. Sólo que...

Pondré un ejemplo. Hace unos días, las agencias de prensa celiibéricas informaron a su clientela que el equipo hoy gubernamental se propone llevar a las Cortes una serie de «proyectos de ley», que, según fuentes del PSOE, resultan ser un calco de los que este partido pretendía presentar. La mismísima palabra «plagio» ha sido pronunciada. No importa ahora cómo han ido las cosas: si, en realidad, hubo «copia», o si, bien mirado, se trata de una mera coincidencia. Ambas posibilidades, a juzgar por la noticia, son igualmente plausibles. Y ocurre, de manera automática, que el ciudadano-peatón —que somos la mayoría— se queda como quien ve visiones. Nadie sabe explicarse que, «socialistas» por un lado, y «liberales» —a lo sumo, liberales— por el lado opuesto, converjan en unos «proyectos de ley» relativamente serios. Uno llega a la conclusión que los ausudichos «proyectos de ley» —todavía no revelados— habrán de ser pura comedia, o es pura comedia el «socialismo» y el «liberalismo» de quienes fragan la maniobra. Me inclino por lo uno y por lo otro, valga la contradicción, en la hipótesis de que lo sea.

# Los pasillos del poder

¿Que el asunto es grotesco? Pues eso: yo sólo pretendía subrayar que, en efecto, lo es. Haceré a mendibula batiente. Y que luego no se extrañe nadie que los llamados «extremistas», de derecha o de izquierda, se despeiten contra las dos agrupaciones parlamentarias insignes. No hace falta ser «extremista» para sentirse invitado al sarcasmo. Es suficiente ser un modesto «contribuyente» dotado de sentido común. ¿Qué «liberales» son esos que se apropiaron un programa «socialista»? Y viceversa: ¿qué demonio de «socialistas» son esos, cuando sus «propuestas» pueden ser tan jovialmente asimiladas por los titulados «liberales»? El episodio hace rodar la cabeza. Tiene toda la apariencia de una tomadura de pelo... Por cierto, sería necesario comprobar que los hechos son tal como dicen: que hubo «plagio» o que hubo «coincidencia», es igual. Los periódicos, recogiendo declaraciones de los más afectados, los del PSOE, así lo han publicado, y están sin desmentir. En última instancia, el ciudadano-peatón —e insistió en la fórmula— acabará por creer que todos son unos y lo mismo, y que la sopa de siglas de partidos es una confusión temeraria. Para que la deseada «democracia» funcione, la gente ha de tener fe en los partidos: en unas ideas, en unas consignas y, sobre todo, en unos «proyectos de ley». Y si los «proyectos de ley» son intercambiables, apaga y vámonos.

Por descontento, y haciéndoles un favor a tiros y troyanos, yo me resisto a admitir que exista el «plagio»: la UCD y el PSOE tienen mucho en común, sin duda, pero no tanto. Lo curioso del incidente es que se da la impresión de que, en vez de esbozarse una «colisión», que sería lo lógico, se apunta la sospecha de una «colusión». Consulten ustedes el diccionario... La esposa del César no sólo ha de ser honesta, sino que ha de parecer que lo es. Tal como se plantean las cosas en el Madrid neoparlamentario, convendría que los autodenominados «socialistas», además de ser socialistas —algunos lo son—, lo «parecieran». Y repito lo mismo acerca de los «liberales»: probablemente también hay algunos que lo son de verdad, no muchos. Me temo que lo trislorido del equívoco no beneficie a nadie. Ni a los presuntos

«socialistas» ni a los fantasmagóricos «liberales». Su anunciada «unanimidad» no contentará a nadie, a la larga. El «plagio» es lo que levanta suspicacias. El «pacto» implícito —y no era imprescindible el «pacto»— es que todos los partidos que juegan el juego «democrático» han de ser moderados. Moderadísimo, incluso. Me pregunto si hacía falta que lo fueran tanto. El PC no es una excepción. Sean cuales sean las recetas para remediar la «crisis» —la económica y la otra, de Estado—, la redundancia desde ángulos que preveíamos «antagónicos» no convence...

No hay que pensar en la «panacea». Pero si en todo lo contrario: el «golpismo», por expresarlo de alguna forma, «pinochetista». Los «salvadores de la Patria» están al acecho. Fluyen los rumores acerca del particular. Y esto sí que es «serio». Suerte sería si el próximo «pronunciamiento» fuese del estilo de Riego o de Prim. ¿Narvéez, Primo? ¡Paciencia! Un regreso al franquismo, sencillamente intentado, supondría otra guerra civil. La perspectiva es espantosa. Cabe confiar en que ni siquiera la CIA la desea: le podría salir la criada respondona, como dicen en castellano. A nadie se le oculta que, ahora mismo, alguien ya está «conspirando». Conspirando contra la II República antes del 14 de abril del 31, que la proclamaba. Hay gente previsora. La tierna «democracia» del señor Suárez, del señor González, del señor Carrillo —¿del señor Fraga?—, del resto, tiene sus enemigos alertados... Puede que sea porque así ha de ser. La llamada «lucha de clases» no es ninguna tontería. Y no sólo está pendiente esa ira: los «nacionalismos» periféricos le añaden más truculencia... Un observador con vitriolo en los ojos —algo elemental— desenmascararía a todos. ¿A todos? A casi todos... No es oro todo lo que reluce: ni en la derecha ni en la izquierda. Y los «plagios» lo certifican.

«Des ideas claires!», clamaba el otro. Yo convertiría la exclamación en jaculatoria.

Joan FUSTER

# CARTAS DE LOS LECTORES

## DIFICULTADES EN LA CARRETERA

Señor Director:  
El pasado 23 de septiembre fue transportado, en un remolque de 48 toneladas de «Transportmoderna», un enorme cilindro por la C.N. 420, con destino, se nos dijo, a la central nuclear de Ascó. El abajo firmante tuvo la desgracia de formar parte de la caravana de docenas de vehículos, que fueron obligados por la Guardia Civil de escolta a marchar siguiendo durante una hora, de 12.30 a 13.30, desde poco más allá de Las Irlas hasta el cruce de Pradell, sin permitir adelantarse, a una velocidad de unos 4 kilómetros por hora.

Siendo evidente que tal tipo de transportes comporte molestias para los usuarios de la carretera, parece que tendrían que adoptarse las medidas necesarias para minimizarlas y reducir este derecho de carburante y de tiempo. Posibles soluciones para este caso concreto hubieran sido señalar un desvío a la salida de Reus o cruce de Riudoms, ofreciendo un itinerario alternativo o bien hacer el transporte de noche o bien efectuar altos más frecuentes (cada 15 minutos, por ejemplo, para lo cual aunque este tramo de la 420 es tortuoso, existen tres o cuatro apartaderos utilizables). Nada de esto se hizo, y es de suponer que el

transporte estaba debidamente autorizado por Obras Públicas. Por otra parte, molestias similares son frecuentes desde que el Ebro fue escogido para refrigerar la mitad de la potencia nuclear a instalar en España.

Abuses de este género, por muy legalizados que estén, no favorecen mucho la imagen de las poderosas nucleares. ¿Cómo dar crédito a seguridades de suma trascendencia cuando en detalles intrascendentes se abusa de esta forma del ciudadano?

Con el ruego de su publicación, le saludo atentamente.

F. L.

## CIFRAS QUE ABRUMAN

Señor Director:  
He leído varias cartas cuyo contenido versaba sobre el problema del aumento de la población mundial y, últimamente, en el periódico del día 21-9-77, hay una carta firmada por M.<sup>a</sup> Pilar Hijar de Monreal replicando a otras en las que se aducía que las teorías de Malthus siguen aún vigentes, y dice la firmante que, concretamente en España, hay sitio para 100 millones de habitantes y suficiente tierra para producir los alimentos que necesitan, por lo que los malthusianos no tienen ni pizca de razón en quejarse por el aumento de la población en España.

Permítame, señor Director, que tome baza en esta cuestión y pregunte a la señora M.<sup>a</sup> Pilar: cuando en España, hay los 100 millones de habitantes que, según ella, pueden vivir bien alimentados, ¿qué pasará? ¿Es que por arte de birlibirloque ya no se producirán familias numerosas, como propone debe hacerse desde ahora en España la firmante? ¿Es que por oscuros designios ya no se procrearán más en España? Y los nuevos nacidos (si es que los hay) que aumentarán la cifra de 100 millones, ¿a dónde los llevará don M.<sup>a</sup> Pilar?

Hablemos «seriamente» de esta cuestión. Suponiendo que en cada siglo se doble tres veces la población, que es, más o menos el ritmo de aumento demográfico actual, dentro de unos 600 años, un poco más del tiempo transcurrido desde el descubrimiento de América, los 36 millones actuales de habitantes de España se habrían transformado (¡ojó, señor linotipista!), en la cifra de 9.437.164.000.000 de habitantes. Esta astronómica cifra, dividida por los 504.390 kilómetros cuadrados del país, da una densidad de kilómetro cuadrado, o sean, unos 18 habitantes por metro cuadrado!

No se tomen estos datos como quiméricos: de no ponerse coto al ritmo actual de crecimiento de la población, aún suponiendo que pudieran alimentarse,

llegaría un momento, mucho antes de 600 años, que «materialmente no cabría en España su población».

Pues si nuestros biznetos o tataranietos ya se verán obligados a adoptar medidas draconianas para evitar el aumento de población, ¿porqué nosotros, que ya detectamos este mal, o sea el cáncer del aumento indiscriminado de población, no disponemos ya de medidas adecuadas para empezar a evitar su progreso? ¿Porqué hemos de esperar a que sean nuestros tataranietos quienes se las compongan, cuando este mal ya sea más acentuado?

Me gustaría que teólogos, filósofos, moralistas, médicos y cuantas personas puedan opinar sobre este problema, manifestaran su opinión sobre el mismo, pero no contemplándolo solamente hasta el año 2014 o 2100, sino un poco más allá, para el año 2300 o 2400, como mínimo, pues el mundo hemos de creer que tienen aún muchos milenios de existencia por delante...

Josep ROIG I MONTERDE

## TODO ES POLITICA

Señor Director:  
En las cartas publicadas en su periódico el sábado día 24, hay una que empieza «No soy político ni me interesa la política.» Esta frase, más o menos, se repite en muchas conversaciones en nuestro país.

El ser político implica ocuparse de la cosa pública de una manera activa y cada individuo es libre para orientar sus actividades en la forma que crea más conveniente. Pero que no le interese la política a un individuo es la cosa más perjudicial y extraña de la sociedad.

La política es la que juega en la manera de ser de un país; la política es la que orienta la justicia, base primordial de una nación, haciéndola más humana o más brutal, según las leyes que aprueba; la política es la que, por la educación, influye en la manera de ser del individuo; y por lo mismo creará un ambiente más cordial o de violencia; la política se mete en el bolsillo de cada uno, haciendo que los impuestos sean más justos o inaceptables; la política orienta y facilita el desarrollo económico, creando bienestar o miseria; la política puede hacer que nos sintamos libres y seguros o bien amilanados e impotentes.

¿Hay alguien que pueda desentenderse de todo lo que la política conlleva? Todos (o la mayoría) estamos contra la mala política, y por eso nos debe importar a todos hacer la política menos mala. Todos podemos influir en política con el voto que nos otorga la democracia, votando no a un partido sino a la actuación de los partidos, y tanto es así que debería existir una ley que hiciera el voto obligatorio, para que nadie escape de la responsabilidad de la política.

Para el señor de la carta diré que estoy de acuerdo en su punto de vista, pero el mero hecho de poderlo publicar ya es política, porque forma la opinión y el diálogo; sentir la necesidad de exponerla es casi empezar a ser político.

Francisco FERNANDEZ

## ¿QUIEN PAGA LOS PERJUICIOS?

Señor Director:  
«La Vanguardia» de hoy publica las declaraciones del señor ministro de

Transportes y destaca de ellas que los controladores aéreos «tenían un fondo de razón...» al iniciar su huelga.

En todo país civilizado cuando dos se pelean y un tercero recibe el culpable «paga su culpa».

¿Quién pagará los perjuicios que se nos causaron a muchos viajeros en el gatimatias aéreo?

¿Es posible que un simple «mea culpa» baste para echar tierra al asunto? ¿Cuál es la vía de reclamación al como parece, como perjudicado, tengo derecho a exigir una reparación?

L. V. J.

## FRED BASSET

Señor Director:

Repasando con calma, una tarde apacible de este verano, un número de «La Vanguardia», y en mi encuentro habitual con «Fred Basset», me di cuenta de algo que me había pasado desapercibido hasta entonces. Pensé que detrás de las graciosas ocurrencias de un inocente can se podía ocultar algo monstruoso. Se me ocurrió que «Fred», con sus insulsas andanzas, fruto de la imaginación de un desaprensivo, ocupa indebidamente el lugar que, en una familia equilibrada, debería corresponder a un niño (propio o adoptivo).

Creo que el autor intenta darnos gato por liebre, al querer convencernos de que un ser irracional, por gracioso que sea, puede suplir con ventaja el cañorro de hombre.

Desde luego que por ello no voy a darme de baja de «La Vanguardia», pero desde ahora, a «Fred» le voy a obsequiar con mi mayor indiferencia, que es lo que se merecen, él y su autor.

Oriol IZARD

## LA RECUPERACION DE LA HISTORIA

Señor Director:

Evidentemente, el pueblo catalán está atravesando un período trascendental de su historia. El reconocimiento de su personalidad nacional refrendado en los dos acontecimientos más relevantes de 1977, elecciones del 15-6 y «Diada Nacional», han generado un movimiento a nivel popular de deseo en el conocimiento de nuestra idiosincrasia.

Por ello se hace necesaria una campaña a nivel popular de reeducación para recuperar el tiempo perdido en el profundo conocimiento de nuestra historia. Ello, sin duda, evitaría hechos tan lamentables como son el desconocimiento por la gran mayoría, de entre los cuales yo me cuento, del valor histórico que contiene el «Fossar de les Moreres» después de haber circulado infinidad de veces por sus alrededores. Este tan sólo es un triste ejemplo de nuestra incultura histórica, así como del desconocimiento general de hechos y hombres que han forjado nuestra Cataluña y que nos han sido sistemáticamente ocultados. Por todo ello quiero hacer una llamada como simple hombre de la calle para que a través de los órganos de difusión sea iniciada una campaña de divulgación de nuestra historia con todos sus matices, sin escamotear ningún detalle.

Juan GOTANEGR TURRO